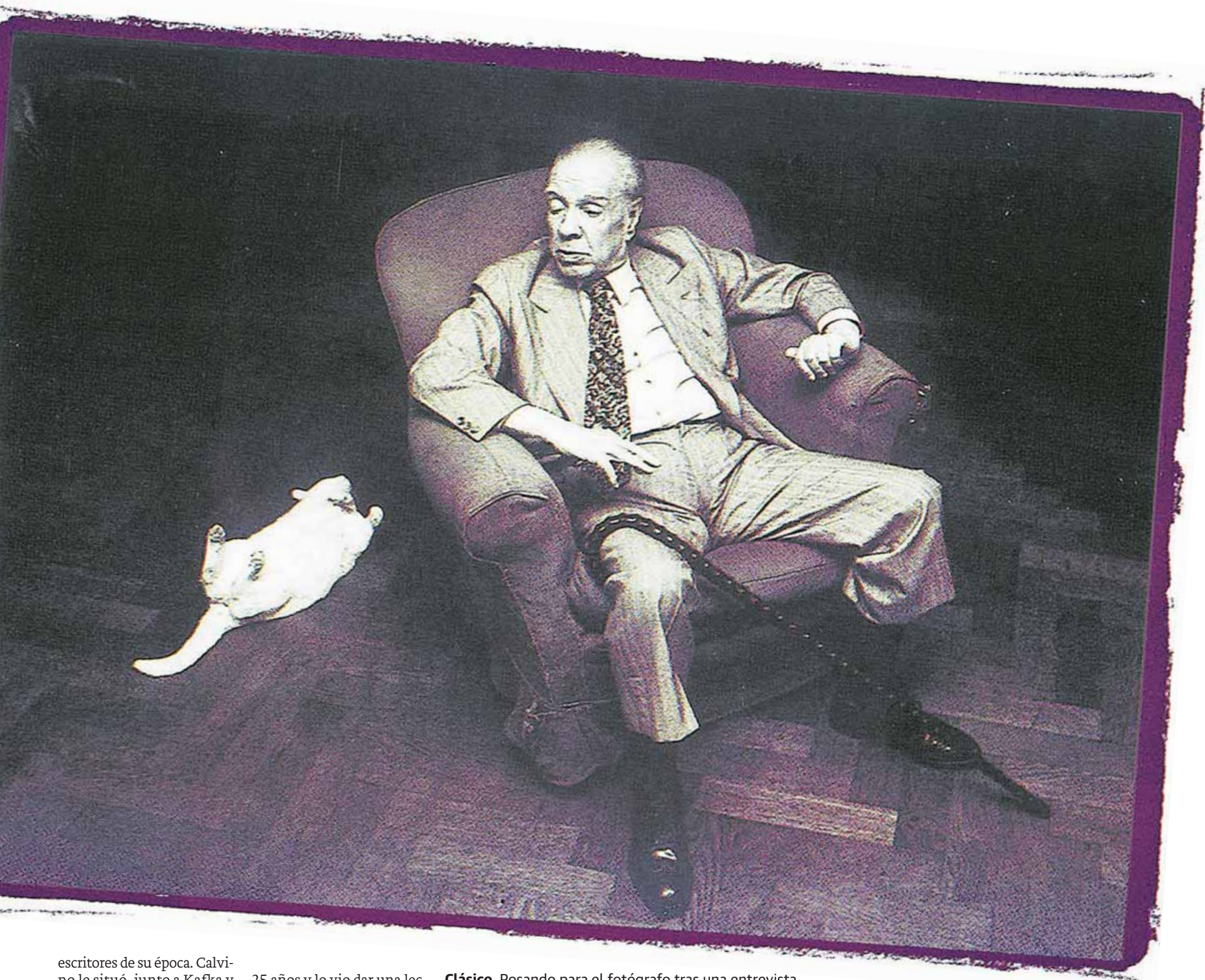




escritores de su época. Calvino le situó, junto a Kafka y Pirandello, entre los escritores más influyentes y renovadores del siglo XX. Susan Sontag fue un poco más allá en 1982: «Hoy no existe ningún otro escritor vivo que importe más a otros escritores que Borges. Muchos dirían que es el más grande. Muy pocos escritores contemporáneos no han aprendido de él o no lo han imitado».

Entre sus admiradores están muchos de los grandes del momento. Ian McEwan opina que «su inteligencia colosal nunca está en duda». Coetzee se ha definido como un heredero de la «escritura racional» de Borges. Umberto Eco ha reflexionado sobre la «angustia de la influencia» borgiana. Vargas Llosa ha resaltado el juego y la provocación del argentino, afirmando que quien carece de sentido del humor no lo entiende. Martin Amis habla de «un gran genio» y Julian Barnes recuerda que, cuando tenía

25 años y lo vio dar una lectura en Oxford, decidió que «valía la pena» ser escritor.

En sus recientes memorias, Christopher Hitchens recuerda cómo visitó a Borges en su casa de la calle Maipú de Buenos Aires. El anciano escritor, ya ciego, le pidió que le leyera en voz alta 'Canción al arpa de las mujeres dadas', un poema de Kipling. Al despedirse, Borges le preguntó al joven Hitchens si aceptaría un regalo, y éste protestó con «la energía de una educación inglesa de clase media». El regalo era el primer cuarteto de un poema de Dante Gabriel Rossetti que Borges recitó tras asegurarse a su invitado que nunca lo olvidaría: «¿Qué hombre no se ha inclinado a velar el sueño de su hijo, / para meditar cómo mirará ese rostro el suyo cuando esté frío, / o ha pensado, mientras su propia madre le besa los ojos, / en cómo sería ese beso cuando su padre la cortejaba?».

Clásico. Posando para el fotógrafo tras una entrevista.

MONUMENTO BIOGRÁFICO

Otro de los libros que conviene recuperar con motivo del aniversario de la muerte de Borges es el 'Borges' de Bioy Casares, quizá el documento biográfico más encantador y sustancioso de todos cuantos se han escrito en torno a la figura del argentino. Hace unos meses, Backlist publicó una versión condensada del grueso y pormenorizado volumen que Destino editó hace cinco años. Se trata de una edición manejable de un texto abrumador y con escaso desperdicio. Salvando algu-

nas escasas distancias, El 'Borges' de Bioy es el equivalente moderno, e hispano, de 'La vida del Dr. Johnson' de Boswell o de las 'Conversaciones con Goethe' de Eckermann.

Consciente de que compartía su vida con un genio, Bioy fue anotando en sus diarios, durante cuarenta años, todo lo referente a sus encuentros con Borges. Charlas, bromas, viajes, colaboraciones, debates, teorías, fiestas, lecciones, conspiraciones y proyectos son anotados, con el rigor de un testigo consciente de lo que se trae entre manos, en un libro sencillamente monumental. Un número asombroso de las entradas de este libro co-

mienzan con un testimonial «Come en casa Borges», que ya ha alcanzado la categoría de mantra borgiano. La escena se repitió a lo largo de las décadas: Borges llegaba a comer a casa de Bioy y Silvina Ocampo y allí comenzaba la exhibición inagotable de erudiciones asombrosas, comentarios malévolos y juicios literarios de gran nivel.

La amistad entre los dos escritores fue extensa, brillante, íntima y altamente lúdica. Juntos crearon al gran Honorio Bustos Domecq, tradujeron a Shakespeare, realizaron antologías de cuentos policiales y fantásticos y desplegaron su acerado ingenio contra la mayoría de sus colegas de

profesión. Pese a cierto distanciamiento final, la amistad terminó con la muerte de Borges. El 14 de junio de 1986, Bioy anota en su diario: «Un individuo joven, con cara de pájaro, que después supe que era el autor de un estudio sobre las 'Eddas' que me mandaron hace meses, me saludó y me dijo como excusándose: 'Hoy es un día muy especial'. Cuando por segunda vez dijo esa frase le pregunté: '¿Por qué?' 'Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra', fueron sus exactas palabras. Seguí mi camino. Pasé por el quiosco. Fui a otro de Callao y Quintana, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges».